

EL VASTO TERRITORIO

El vasto territorio

López Trujillo, Simón

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2023

136 p.; 21 x 14 cm.

[Efectos Colaterales, 9]

978-987-8272-08-5

1. Literatura Latinoamericana. 2. Crisis Ecológica. 3. Hongos. I. Título.

CDD 860

© Simón López Trujillo, 2021

© Caja Negra Editora, 2023

Ilustración de tapa: Anabella Muñoz Candía



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey

Coordinación: Sofía Stel

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Cecilia Espósito

Corrección: Elisa Palacio

01.

EL SUEÑO DE LOS
NIÑOS EUCALIPTO

Diría que abrí los ojos, pero no estoy seguro. No diría que desperté. Mirado atrás, el sueño fue como meterse a una tetera. Esperar el hervor girando desvanecido en burbujas que pujan hasta el ruido. Todas juntas éramos. Abrí los ojos y vi, claro, pero nada se veía igual. Dios sabe si hay más verbos para referirse a estas cuestiones.

Claro de un bosque. La perspectiva era como tomada desde abajo. Digo, como si alguien hubiera enterrado unos ojos, regándolos con cuidado y sol medido, hasta que los párpados que cubrían la semilla se dejaran trizar y abrieran la cría que busca hacia el cielo siempre como telón. Si eso es mirar, ¿me entiende? Yo no sé qué vi pero vi tanto. Demasiado encima, y a lo largo, veía el prado siendo el prado, el bosque, el bosque, pero el musgo dentro me decía cosas y yo sabía que no podría repetir nada de lo que escuchaba. Solo oía y era eso. Todo junto brotado de pronto como el agua que sube haciéndose vapor.

Hojas, liquen, brote, piedra, agua, mucha agua, semen, sí, un poco, animalejos muertos, residuos de bestia, petróleo, casi níveos por el hongo, un poquito de fuego había pero se apagaba, soplabo mucho viento, siempre el viento llevando

todo lejos, haciendo cosas, no era el fuego, sabe, lo del principio, era el viento solo que volvía y hablaba consigo mismo.

Como decía, mucha agua pero también muchas plantas vi. No eran verdes, las plantas por debajo no eran las mismas, ellas decían las cosas en un idioma mejorado, se hablaban por los nervios, sabían lo que cada una quería preguntarse antes de hacerlo, no se tenía que pensar mucho, el viento lo aplacaba todo, traía lluvia, dejaba mojarse y eso era un placer. Bañarnos recuerdo, sí, como recuerdo otras cosas de los antiguos. Los aromas de unas flores que alguien dejaba en la mesa de la cocina, la casa de mi infancia. Pero no era casa eso, creo, más bien hablamos de un pozo. Eso sí, recuerdo, sí, del agua por arriba. No debajo. En la tierra éramos todos y ni palabra o pestañeo a nadie sobre lo que vi. Si hablo ahora no es porque me lo hayan pedido. Es por mi hijo. Él y yo fuimos mudos. Plantas secas mucho tiempo. Pero ya no.

Los motores de las sierras se apagaron al unísono, Pedro bajó los brazos y apoyó su máquina en un tronco. Se quitó el casco y secó el sudor crecido detrás de la visera. Con el cambio de hora, anochecía más temprano, pero la hora de salida seguía siendo la misma: volver era tan oscuro como llegar. Recogió sus cosas y fue a cambiarse con el resto de la cuadrilla.

En su cabeza, el calor de un cigarro imaginario lo acompañaba en los vaivenes que daba el camión. Media hora en la que jugaba a resolver una hoja de sudoku, sin hablar con nadie. El Pato, su hijo, le había regalado un libro de esos ejercicios orientales que tan extraños le parecieron en un comienzo. En realidad, es muy simple, le decía él. Solo se trata de encontrar el número correcto. Ahora, con bastante paciencia puesta en ellos, ya iba por la mitad del cuadernillo. Acababa de empezar el nivel difícil y se esforzaba por no quedarse dormido antes de terminar el tercer ejercicio, con la hoja apoyada en el hombro de un compañero que roncaba y el lápiz mina temblando a merced del camino de tierra.

Hacia el final del trayecto, decidió bajarse un poco antes y pasar a comprar algo para la once. De camino al almacén,

jugueteaba en su bolsillo con un collar de frutos de eucalipto que había fabricado hace poco. Esos pequeños conos cubiertos por un musgo verde eran como gemas brillantes, esmeraldas secretas que atesoraba entre sus dedos. Antes, se las solía regalar al Pato para su colección, pero ahora él estaba grande y le confeccionaba gargantillas a la Catita. Bajo el frío de la noche, su respiración era intercalada por una tos pesada y profunda, como de perro. Pedro, cansado y cabizbajo, con una bolsa de pan colgando entre los dedos, caminaba con el puño pegado a la boca.

Al abrir la puerta, Catalina soltó el lápiz con el que hacía sus tareas y se le abalanzó encima. Pedro la abrazó y luego fue hasta la cocina, sacó una olla, la llenó de agua y de unas hojas secas y alargadas que extrajo de un frasco de la alacena superior. Tapó la olla con un trapo, prendió el fuego y se echó en una silla a esperar que hirviera todo.

—¿Otra vez se está haciendo esas mandingas, papá?

—Son vahos de eucalipto, hijo. Ex-pec-to-ran-tes, sirven para la tos.

—Sí sé, ¿quiere que lo ayude?

—No, mijo. Vaya a enseñarle a su hermana.

Cuando el agua hirvió, Pedro levantó el paño y un vapor aromático inundó la cocina. La Cata preguntó a qué hora iban a comer. Su hermano le pedía que se concentrara en el ejercicio, que cociente significa la cantidad de veces que algo está contenido en algo, que pusiera su mano en la suya, se quitara la otra del mentón y tomara bien el lápiz grafito.

Pedro cerraba los ojos, dejando que el vapor le quemara el rostro. Respiraba adentro y hondo, hasta sentir que los pulmones se le abrían como las puertas de un vagón y una cierta alegría lo elevaba, un entusiasmo que le hizo recordar la vez en que con María viajaron al norte, los planes que hacían para casarse, los colores que se veían por la ventana

de ese tren que llegaba desde Concepción a La Calera, siete y media en la mañana, sentados juntos en el segundo carro, el olor balsámico y de pronto el calor que sube por las fosas nasales y hace salir una flema atorada adentro hace semanas, como las ruedas de una máquina detenida que comienzan a girar, una tos violenta y la esmeralda acuosa que Pedro escupió sobre el lavaplatos.

Más tarde, cuando Catalina se durmió, Pedro arrojó a un rincón de la pieza su mochila vieja y hedionda con la ropa del día aún adentro. Al tirar de las botas para sacárselas, sintió en la palma una presencia extraña, extendida como un vello húmedo por el cuero. Echó unas chuchadas en voz baja y se limpió el musgo en el pantalón, en los brazos y en el pecho del delgado pijama que usaba hace tantos años. Ese organismo pegajoso le recordaba la faena de la madrugada siguiente y el aroma del bosque. Se metió a la cama y en un solo movimiento las sábanas hábilmente sustrajeron el cuerpo de la luz. Cerró los ojos. Volvió a toser.

Afuera, una pálida luna quieta a la que ladraban los perros del vecino y que dejaba ver ciertos objetos: el par de botas a los pies de la cama, algo de la ropa tendida en una silla, un velador con fotos familiares y un retrato oscurecido, la mitad del televisor, tres extremos de una cruz clavada sobre la cabecera de fierro, reflejos en el cristal de una camiseta de Fernández Vial autografiada y enmarcada en la pared, varios cosméticos y cremas cubiertas por una fina capa de polvo que al iluminarse parcialmente parecía ser gotas de agua.

Curanilahue no era así hasta hace un tiempo. El agua no tenía ese color. Por qué la Catalina no quiere hacer su tarea. Cuándo es la reunión de apoderados. Qué cresta le pasaba hoy día al chucha del Juan Carlos. Qué será esta tos de mierda. Tenía razón María, la ciudad se ha vuelto tan

triste. Cómo se llamaba la profesora de matemáticas. Tan pobre. Había que irse. Parece que el martes. Qué lindo era el río antes. El aguüita fresca. Tan bonita ella. Las vías del tren recién llovidas y la barba de viejo sobre los espinos. Mi papá contento de saber que me casaba. ¿Pamela? Ella con su traje de apicultora. Su vestido de primavera. ¿Mariana? Los tarros de miel en el patio. El agua cristalina donde beben las abejas. El estero crece inmenso. Flota una casa.